

“Una sociedad feliz”.

De la desigualdad del siglo XVIII a la desigualdad de nuestros días

Gonzalo Pontón¹



ILUSTRACIÓN: Autor desconocido (1789), "A faut esperer qu'eu se jeu la finira bentot".

“Para que la sociedad sea feliz, y la gente se sienta cómoda en las peores circunstancias, es necesario que existan muchas personas que, además de pobres, sean ignorantes”, escribía Bernard de Mandeville en los años veinte del siglo XVIII. Eran los años en que el nuevo gobierno *whig* de Walpole mostraba su gratitud a los terratenientes liberándoles de los impuestos directos y concediéndoles nuevas *enclosures*, a cambio de la expulsión del campesinado no propietario, de liquidar los gremios de artesanos de las ciudades, de endurecer la

¹ Gonzalo Pontón es fundador de la editorial *Crítica* y editor de *Pasado y Presente*. Recientemente, ha recibido el Premio Nacional de Ensayo 2017 por su obra *La lucha por la desigualdad: una historia del mundo occidental en el siglo XVIII*.

vida en las *workhouses* y de promulgar la *Black Act* y otras leyes contra los comunes. Era el tiempo del despertar manufacturero, del clamor proteccionista de los productores de lana, de la explotación pionera del coque, de la incipiente industria de la seda. Era, en fin, el tiempo en que Daniel Defoe cantaba, en su *Robinson Crusoe*, las gestas del *homo economicus*, que no era un hombre primitivo ni un bracero, sino un capitalista.

Ese era el escenario perfecto para que la burguesía moderna iniciara el camino del capitalismo industrial: por un lado, disponía de una extensa mano de obra constituida por los campesinos desahuciados del campo, los artesanos ahora proletarizados y el saldo demográfico que llenaba las ciudades de miserables que vivían de los *petit-métiers*, del servicio doméstico o de las limosnas. La explotación de esa mano de obra cautiva, sobre todo de mujeres y niños, en el continente europeo, y la de los esclavos que extraían la materia prima, en las colonias, fue inmisericorde. Por otro lado, contrariamente a lo que había sucedido con la expansión del capitalismo comercial, los manufactureros no tuvieron que hacer frente a grandes inversiones de capital, ya que los primeros pasos de la industrialización se dieron a partir de la usurpación de los recursos naturales del subsuelo, es decir, de los combustibles fósiles (carbón) y del aprovechamiento de la función clorofílica (algodón), que serían los dos pilares, primero, de la industria británica y, más tarde, del resto de los estados europeos.

“La única finalidad y el objetivo de la producción es el consumo”, había sentenciado Adam Smith, y los nuevos artículos manufacturados fueron llenando las casas de los pudientes. No así las de las clases subalternas, que se vieron obligadas a aceptar salarios de mera subsistencia y a alargar desmesuradamente sus jornadas de trabajo para conseguir los recursos económicos necesarios para su propio, magro, consumo, lo que les exigió renunciar al ocio y a la educación.

Desde esos albores de la industrialización hasta finales del siglo XIX o quizá hasta la primera guerra mundial, la desigualdad entre las clases no hizo más que crecer. Hasta 1860 los salarios reales no solo se estancaron, sino que su poder adquisitivo regresó al que tenían cien años antes, mientras que en el mismo periodo las rentas del capital subían en flecha (Piketty). La primera vez que se pudo medir un descenso del índice de Gini fue hacia finales del siglo XIX y principios del XX cuando la creación de la Primera Internacional, la extensión del sindicalismo y la Revolución rusa hicieron que el sistema económico de mercado se viera amenazado y forzado a pactar. Tras la Primera Guerra Mundial, el *crash* de 1929, y la Segunda Guerra Mundial, que elevaron la desigualdad a las nubes, las consecuencias económicas de la paz crearon una situación propicia para que cambiaran los términos de transacción: la presión de los sindicatos, las políticas

reformistas de la socialdemocracia y el miedo al fantasma comunista propiciaron la creación del “estado de bienestar” y una disminución sensible de la desigualdad. Pero duró poco: la crisis del petróleo de 1972 llevó aparejada una recesión económica que iba a ser recurrente hasta nuestros días. Si al iniciarse el siglo XX el capitalismo se había caracterizado por la explotación de los recursos naturales de los países coloniales y la consolidación de un sistema industrial de valor añadido, a lo largo de la Guerra Fría –de la mano del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional– experimentó una suerte de “transición de fase” al capitalismo financiero, y, después de la gran recesión iniciada en 2007, al capitalismo “rentista” (Standing) que, con sus políticas de austeridad, el desmantelamiento del estado de bienestar y la creación del precariado ha canalizado la mayor parte de los ingresos hacia una minoría superrica que vive una edad dorada global. Si en 2007, al empezar la gran recesión, 500 familias disponían de la misma riqueza que casi la mitad de la población mundial (3.000 millones de personas), en 2015 se habían reducido a 62 y se calcula que en 2018 serán solo ocho. El *trend* de la desigualdad es inmisericorde. Hoy, más de 1.000 millones de seres humanos viven en extrema pobreza, otros 500 millones ganan 1,5 \$ al día; mueren seis millones de niños por falta de alimentación y medicamentos cada año y otros 125 millones están sin escolarizar.

Pero la segunda condición de Mandeville –la de la ignorancia– ha sido tan imprescindible como la primera, la de la pobreza, “para que la gente [rica] se sienta cómoda”. Tras su espectacular éxito económico, la burguesía del siglo XVIII quiso traducirlo en poder político y, para ello, le fue preciso buscar referentes doctrinales que sancionaran su legitimidad sin que se alterara el orden natural de las cosas; es decir, necesitaba, para su proyecto, cobertura institucional e intelectual. Se alió entonces con los miembros más proclives del antiguo régimen y con la *intelligentsia* para formar una elite de nuevo cuño que fijó sus propios criterios de distinción y exclusividad social, empezando por su propia educación. Esa nueva jerarquía creó instituciones educativas específicas para sus miembros y desdeñó la enseñanza de las viejas e inútiles universidades. Al mismo tiempo, se opuso ferozmente a la alfabetización y escolarización de las clases subalternas, especialmente las campesinas, para que se mantuvieran en el lugar que les había asignado la divina providencia. Contó para ello con la inestimable ayuda del estado, de la iglesia y de los intelectuales burgueses, los “ilustrados”. El segundo paso fue crear un espacio político de control de la opinión pública (Habermas), a través de la prensa, las revistas o iniciativas editoriales tan ambiciosas como la financiación de la *Encyclopédie*. Desde sus afinidades electivas, la nueva jerarquía estableció sus propios ámbitos de socialización en los que tejió una red de vínculos familiares, económicos y

políticos que le permitió “un acaparamiento de oportunidades” (Tilly) y el acceso a una “bolsa de valores” de información privilegiada y exclusiva.

Para conservar e incrementar su control social, el capitalismo consiguió consolidar, a lo largo de los siglos XIX y XX, una política de exclusión de las clases subalternas tanto de la formación no deseada como de la información privilegiada, que fue sustituyendo por una educación severamente controlada y dirigida y por un control exhaustivo de los medios de comunicación de masas. Para ello, la jerarquía global tuvo que acuñar un lenguaje específico que establece en la conciencia colectiva una reverencia acrítica hacia sus dictámenes, porque no solo los tenemos por infalibles, sino también por los únicos posibles, ya que la sola alternativa, como se aducía en el siglo XVIII, es la anarquía. Este tipo de discurso proyecta una “imagen manifiesta” (Dennett) en contraposición a la realidad, es decir, crea un lenguaje anfibológico: “el mundo libre”, “las libertades individuales”, “las sociedades democráticas occidentales”, “el estado de derecho”. Pero también “la amenaza comunista”, “los antisistema”, “el eje del mal”, “los estados fallidos”, “las armas de destrucción masiva”...

El *mot d'ordre* de Bernard de Mandeville se ha cumplido rigurosamente, desde el salto cualitativo de la desigualdad en el siglo XVIII, hasta la consolidación de una desigualdad categórica en nuestros días: desigualdad económica, sí, pero también desigualdad intelectual. Las dos mordazas del tambor con las que el capitalismo controla, todavía hoy, a los miembros de la sociedad global en que vivimos, seguramente la sociedad feliz que anhelaba el filósofo de Rotterdam.